

# Dios se ha hecho esclavo

---

## Retiro espiritual para Laicos

---

❖ «*Siendo Dios se anonadó y pasó por la experiencia de la muerte, y muerte de cruz*» (Fil 2, 6-8).

*Qué ves en la noche,  
dinos, centinela?*

Dios como un almendro  
con la flor despierta;  
Dios que nunca duerme  
busca quien no duerma,  
y entre las diez vírgenes  
sólo hay cinco en vela.

*¿Qué ves en la noche,  
dinos, centinela?*

Gallos vigilantes  
que la noche alertan.  
Quien negó tres veces  
otras tres confiesa,  
y pregona el llanto  
lo que el miedo niega.

*¿Qué ves en la noche,  
dinos, centinela?*

Muerto le bajaban  
a la tumba nueva.  
Nunca tan adentro  
tuvo al sol la tierra.  
Daba el monte gritos,  
piedra contra piedra.

*¿Qué ves en la noche,  
dinos, centinela?*

Vi los cielo nuevos  
y la tierra nueva.  
Cristo entre los vivos  
y la muerte muerta.  
Dios en las criaturas,  
¡y eran todas buenas!

La aventura espiritual de Pablo provoca y cuestiona la sinceridad de nuestro seguimiento de Jesús. Cuando tratamos de descubrir el camino interior que Pablo recorrió después de su encuentro con Cristo en el camino de Damasco, nos damos cuenta de que no logramos seguir sinceramente a Jesucristo si no cuestionamos nuestros

razonables planteamientos religiosos y si no rompemos con nuestras cómodas formas de vivir.

Frecuentemente nos hacemos una idea razonable sobre Dios; una idea que quiere respetar el señorío de Dios —Señor de la vida y de la muerte—, pero lo acomoda a la idea que tenemos sobre la vida y sobre la mejor forma de organizar el mundo. De acuerdo con nuestros planteamientos, Jesús nunca hubiera muerto en la cruz, porque hubiéramos hecho intervenir a Dios para impedir tan notoria injusticia; también debería impedir —pensamos muchas veces— que los niños mueran de hambre, que a los sinvergüenzas les vaya bien... y que no tuviera los oídos tan sordos (eso nos parece algunas veces) a nuestros gritos de auxilio. También Pablo, como hombre religioso y observante de la Ley que era, pensaba de la misma manera.

Pero al encontrarse con Cristo, descubre que Dios se ha hecho esclavo. Y esta sorpresa es parecida a la que nosotros experimentamos cuando tenemos la sensación de que Dios ha dejado de ser “todopoderoso” o que no nos escucha. En este retiro, siguiendo el camino espiritual de Pablo, vamos a penetrar en el misterio de un Dios que se hace esclavo.

### «Para mí, la vida es Cristo y una ganancia el morir»

Pablo escribe estas palabras desde la cárcel. Probablemente ha sido encarcelado en Éfeso, acusado de que su predicación es subversiva contra la estabilidad del Imperio. ¿Fueron sus antiguos correligionarios, los fariseos observantes, quienes urdieron esta acusación? No es fácil saberlo, pero cierto es que en otras ocasiones dieron con él en la cárcel utilizando las acusaciones que podían resultar más eficaces, como se desprende de sus cartas y del libro de los Hechos de los Apóstoles. No sabe qué ocurrirá, pues una situación como ésta es siempre un riesgo; pero se muestra tranquilo porque, suceda lo que suceda, se siente afortunado al poder compartir la suerte de Cristo.

«Quiero que sepáis, hermanos, que lo que me ha sucedido ha contribuido más bien al progreso del Evangelio; de tal forma que se ha hecho público en todo el Pretorio y entre todos los demás, que me hallo en cadenas por Cristo. Y la mayor parte de los hermanos, alentados en el Señor por mis cadenas, tienen mayor intrepidez en anunciar sin temor la Palabra. (...) Pues yo sé que, ahora como siempre, Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia. Pero si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger... Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros.»

(Fil 1, 12-24)

Esta serenidad ante la muerte, la circunstancia más dramática del ser humano, es fruto del cambio espiritual de Pablo. ¿Qué ha ocurrido? Que en Cristo ha descubierto la imagen de un Dios que se ha hecho esclavo. La novedad que ha percibido en Cristo es que su muerte violenta e injusta es un gesto de solidaridad con toda la humanidad sufriente.

Al enviar su Hijo al mundo, Dios no cambia su proyecto de que el hombre sea libre y obediente, desde esa libertad, al diseño divino sobre el mundo y sobre la historia. Y en Cristo, Dios no se queda al margen de la humanidad que sufre las consecuencias de una libertad cautiva por la autosuficiencia; se implica con ella y corre su misma suerte: «no retuvo ávidamente su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos» (Fil 2, 6-7). Con este gesto de solidaridad, Cristo cumple la profecía del siervo de Yahvéh, que en su humillación acoge a la humanidad dolorida y la salva de sus males: «Sus heridas nos han curado». Este gesto de solidaridad que llega hasta la muerte, y una muerte de cruz, es la culminación de toda la existencia terrena de Jesús: una vida para los demás. Su *cuerpo entregado*, su *sangre derramada*, que nos es ofrecida en cada Eucaristía, es un hecho absolutamente real, de consecuencias insospechadas.

Frente a la rebeldía transgresora del hombre, que reivindica una autonomía destructiva, la obediencia absoluta a la voluntad de Dios, manifestada por Cristo —«que se cumpla tu voluntad y no la mía»—, introduce un cambio radical para afrontar la vida. Aceptando aquella muerte, injusta y terrible, Cristo proclama que la entrega generosa y obediente a la voluntad de Dios es lo que salva; no los múltiples dinamismos del poder que tratan de hacer que prevalezcan nuestros mezquinos intereses y la propia voluntad. El encuentro con Cristo resucitado ha dado a Pablo la clave de un nuevo modo de situarse ante Dios y ante la vida: vivir «crucificado» —entregado— con Cristo. Por eso la cruz adquiere un perfil tan fuerte en su predicación, como dejan entrever los siguientes testimonios:

*«¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!» (Gal 6, 14).*

*«Yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el testimonio de Dios, pues nunca entre vosotros me precié de saber otra cosa que a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor 2, 1-2).*

### «Un tesoro en vasijas de barro»

La fe en Jesucristo; confesar que él, con su forma de vida aparentemente débil, de perdedor —el que sirve es para la mentalidad corriente siervo, esclavo, perdedor— es salvación..., constituye un tesoro. Es la clave de un mundo en el que es posible la esperanza, es la clave del hombre nuevo. Pero es un tesoro que se guarda en «vasijas de barro». Y esto por un doble motivo:

- por la paradoja encerrada en el propio tesoro: *«Os anuncio un Dios cuya fuerza se manifiesta en la debilidad. (...) Porque la doctrina de la cruz de Cristo es necesidad para los que se pierden, pero es poder de Dios para los que se salvan. (...) Los*

*judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, pero poder y sabiduría de Dios para los llamados, sean judíos o griegos» (1 Cor 1, 17-25).*

- por la debilidad de los testigos y mensajeros; debilidad o carencia de prestigio de nuestra condición de cristianos en un mundo poco complaciente con el cristianismo; debilidad o pobreza de nuestro testimonio y mensaje; debilidad añadida de nuestros pecados e infidelidades... Las siguientes palabras de Pablo son estimulantes para quienes nos sentimos abrumados por una tarea que creemos que nos sobrepasa:

*«Llevamos este tesoro en vasijas de barro para que aparezca claro que esta pujanza extraordinaria viene de Dios y no de nosotros. Estamos acosados por todas partes, pero no derrotados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; desechados, pero no aniquilados; llevamos siempre y por doquier en el cuerpo los sufrimientos de muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nosotros»*

*(2 Cor 4, 7-11).*

Estamos ante una de las convicciones más profundas de Pablo, que manifestará a lo largo de su vida apostólica en muchos momentos y de diversos modos: que la fuerza de Dios se deja ver en la debilidad del mensajero; que cuando soy débil, entonces soy fuerte, por el poder paradójico de Dios.

En aquel mundo tremendamente violento e injusto, en el que la esclavitud, en el sentido más realista del término, estaba vigente; en el que la vida humana no valía nada y así lo asumían los mercenarios en las batallas, los esclavos en las grandes construcciones, los gladiadores en la arena del circo; los niños y las mujeres, que prácticamente carecían de derechos..., anunciar un «salvador» que ha muerto crucificado no podía ser atractivo; una locura para la gente culta y un escándalo para los judíos que esperaban un mesías triunfador.

En nuestro mundo actual, igualmente agresivo e injusto, en el que el modelo de felicidad es el triunfo, la fama, el placer y el dinero, que abre todas las puertas..., volver a anunciar un salvador sin poder, sin taumaturgia, sin otra fuerza que la del amor entregado, sigue siendo poco atractivo.

Nos quejamos del poco éxito que tiene nuestro testimonio y de lo difícil que nos resulta anunciar hoy a Jesucristo. Sin embargo, no es más difícil que entonces (porque las dificultades son las mismas) y nuestros fracasos tampoco son más numerosos que los que experimentaron los apóstoles.

Tal vez el problema sea empaparse de esa convicción descubierta por Pablo en el camino de Damasco: que Jesucristo vive contra todo pronóstico; que Dios lo ha resucitado y le ha constituido «Señor»; que no hay otro nombre en el que encontrar el camino de la vida... Y dejar que Dios haga el resto.

### Pautas para la oración

Tres convicciones han ido emergiendo a lo largo de esta reflexión:

- ❖ *Dios se ha hecho esclavo.*
- ❖ *En Cristo, Dios se solidariza con la humanidad doliente.*
- ❖ *Un tesoro en vasijas de barro.*

A partir de ellas podemos mantener un sabroso coloquio con el Señor con la ayuda de las siguientes sugerencias:

- ¿Qué sentido tienen estas frases para mí?
- ¿Cómo interpelan mi sensibilidad religiosa?
- ¿Cómo iluminan mi relación personal con el Padre y con Cristo?
- ¿En qué mejoran mis dificultades ante el apostolado?

Y con la ayuda también de alguno de los siguientes textos oracionales, si resultan útiles.

Limpia y sana mi fe, Señor.  
Mis ojos te buscan en lo espectacular.  
Mis oídos quieren escuchar  
que te has impuesto definitivamente.  
Mi corazón desea que triunfes  
sin dejar dudas.  
Quiero creer en un Dios fuerte  
que realice mis criterios de justicia.  
Limpia y sana mi fe, Señor.  
Para encontrarte en Jesús crucificado.  
Para comprender que se entregó por amor.  
Para dejar que mi corazón confiese  
que lo hizo «por mí».  
Limpia y sana mi fe, Señor,  
para que crea en tu salvación,  
regalada en Cristo,  
no en la que yo me imagino.

Hoy que sé que mi vida es un desierto,  
en el que nunca nacerá una flor,  
vengo a pedirte, Cristo jardinero,  
por el desierto de mi corazón.

Para que nunca la amargura sea  
en mi vida más fuerte que el amor,  
pon, Señor, una fuente de alegría  
en el desierto de mi corazón.

Para que nunca ahoguen los fracasos  
mis ansias de seguir siempre tu voz,  
pon, Señor, una fuente de esperanza  
en el desierto de mi corazón.

Para que nunca busque recompensa  
al dar mi mano o al pedir perdón,  
pon, Señor, una fuente de amor puro  
en el desierto de mi corazón.

Para que no me busque a mí cuando te busco  
y no sea egoísta mi oración,  
pon tu cuerpo, Señor, y tu palabra  
en el desierto de mi corazón. Amén.

Muchas veces, Señor, a la hora décima  
—sobremesa en sosiego—,  
recuerdo que, a esa hora, a Juan y a Andrés  
les saliste al encuentro.  
Ansiosos caminaron tras de ti...  
«¿Qué buscáis...?» Les miraste. Hubo silencio.

El cielo de las cuatro de la tarde  
halló en las aguas del Jordán su espejo,  
y el río se hizo más azul de pronto,  
¡el río se hizo cielo!  
«Rabí —hablaron los dos—, ¿en dónde moras?»  
«Venid, y lo veréis.» Fueron, y vieron...

«Señor, ¿en dónde vives?»  
«Ven, y verás.» Y yo te sigo y siento  
que estás... ¡en todas partes!,  
¡y que es tan fácil ser tu compañero!

Al sol de la hora décima, lo mismo  
que a Juan y a Andrés  
—es Juan quien da fe de ello—,  
lo mismo, cada vez que yo te busque,  
Señor, ¡sal a mi encuentro!

